

Carlos ARENAS POSADAS: *Por el bien de la patria. Guerras y ejércitos en la construcción de España*, Barcelona, Pasado & Presente, 2019, 446 pp., ISBN: 978-84-948208-8-5

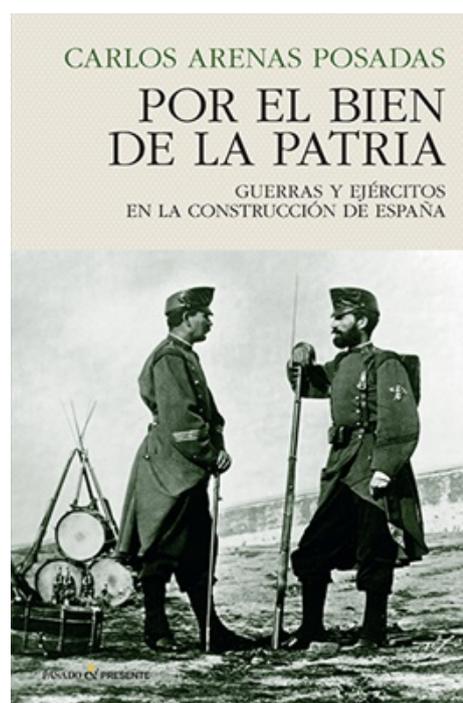
Iñigo Gómez García

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

La evolución del ejército español y su relación con la élite político-económica

Es indudable que las fuerzas armadas han sido y son agentes de cambio, que han interactuado e influenciado en múltiples ámbitos las sociedades de las que han sido y son parte. Los ejércitos, no sólo durante los conflictos bélicos, han amoldado la sociedad, influyendo en el plano político, cultural y económico. Partiendo desde esta premisa, Carlos Arenas Posadas trata de averiguar «la huella que han dejado las guerras en la Historia española y, en consecuencia, la de los ejércitos que las han protagonizado» (p. 10). Para ello el autor comienza su andadura en la Edad Media, en las guerras llamadas «de Reconquista», desde las cuales desarrolla su investigación hasta prácticamente la actualidad más reciente. Es durante el análisis del papel de la clase militar medieval española donde Arenas Posadas acuña el término «síndrome Trastámara», el cual mantendrá durante el resto de la obra como una referencia constante para describir la relación entre el Estado, la élite político-económica y la clase militar. Con este término el autor describe a «un Estado que, lejos de ser un ente neutral [...] se ha sostenido en base a las mercedes concedidas a los triunfadores de cada conflicto bélico» (p. 10), un sistema que se mantuvo hasta la Segunda República, con la coda de la dictadura franquista. Manteniendo este término en mente, este libro discurre a lo largo de varios siglos, mostrándonos la influencia que las guerras y los ejércitos que las combatían han tenido sobre la diversidad de los modelos económicos españoles, así como indagando en la influencia que dichos agentes tuvieron en la configuración del Estado (pp. 14, 18).

Comenzando por los conflictos medievales, el autor indaga en la concepción de los caballeros, aquellos hombres que debían soportar una onerosa y pesada carga –la defensa del reino– que sólo podía ser asumida por estos pocos elegidos. Esta élite



militar –que fue el origen de una gran parte de la nobleza–, debido a su capacidad para asumir dicha carga, fue considerada como la merecedora en exclusiva de las recompensas de las conquistas, recompensas en agradecimiento no sólo al hombre en particular, sino a su estirpe, permitiéndose que dichas mercedes se perpetuasen dentro de los diferentes linajes. Esta dinámica no acabó con la caída del reino nazarí, pues se extendió durante los primeros compases de la colonización de América, manteniéndose un sistema de recompensa económica a cambio de la conquista de nuevos territorios. Son relevantes aquí los análisis que hace el autor acerca de cómo la conquista americana no deja de ser una extensión, con medios más avanzados tecnológicamente, de las conquistas en la península ibérica, de las cuales heredó numerosas dinámicas.

Durante el análisis de la Edad Moderna, Arenas Posadas apunta que el estado de guerra casi permanente en que vivió el Reino de España a lo largo de décadas hizo de la violencia el primero de los recursos económicos (p. 34). Por un lado estaba la extracción de metales preciosos de las colonias americanas, pero se aborda con mayor profundidad en el negocio de la deuda pública, que en la mayoría de los casos era generada para poder hacer frente a los costes de los numerosos conflictos bélicos. Esta deuda, pagada mediante los impuestos y tasas, era comprada por la élite económica – en ocasiones descendiente de la ya mencionada élite militar–, de modo que a través de dicho pago de impuestos se produjo una transferencia de rentas desde las clases modestas a las élites tenedoras de títulos de deuda pública, aumentando el desequilibrio económico (p. 82). Los sucesivos conflictos en los que se vio involucrada España convirtieron a la maquinaria estatal en un mecanismo diseñado por y para la guerra, consolidándose la colaboración entre la élite político-económica y la militar, que decidieron destinar recursos económicos a las guerras en vez de a mejorar la economía productiva, lo que tuvo por consecuencia numerosas bancarrotas, subidas de impuestos de consumo y tasas; consecuencias que tuvieron un especial impacto en las capas más humildes de la sociedad (pp. 45, 74).

Estos desarrollos por, para y de la guerra influyeron también en los modelos de gestión de las élites regionales españolas. Centrándose en las élites peninsulares –no ahonda en sus contrapartes coloniales–, Arenas Posadas describe tres modelos administrativos impulsados por dichas élites: las élites castellanicas se centraron en la adquisición de la plata americana y la gestión de recursos fiscales, además de la financiación de los gastos militares; las élites catalano-aragonesas se centraron en la conservación de sus fueros y sus intereses comerciales mediterráneos; y por último, las élites del sur peninsular, que al mantenerse deliberadamente lejos de la influencia real pudieron erigir unas cortes propias –los cortijos – desde las cuales gobernar sus territorios (p. 46). Estos modelos fueron deshaciéndose conforme la presión económica derivada de las constantes guerras derivó recursos hacia dichos conflictos, limitando las capacidades de gestión de las élites locales y centralizando el poder del estado. Esta

centralización, de la cual es beneficiada la élite militar –y que tuvo como uno de sus máximos exponentes los Decretos de Nueva Planta–, se pone de manifiesto claramente a través del papel asumido por los capitanes generales destinados a las diversas provincias españolas. Además de las competencias militares, estos hombres fueron asumiendo funciones administrativas, policiales, jurídicas y políticas, lo cual les convirtió en uno de los pilares de la administración española.

Una de las conclusiones más interesantes de esta obra es cómo el ejército español se fue transformando desde finales del siglo XVIII y durante el XIX en una fuerza dedicada a labores policiales, de gendarmería y, por tanto, centrada en combatir amenazas interiores más que en defender el territorio estatal de las amenazas exteriores (p.148). Este ejército gendarme actuó de una forma taxativa, entendiendo que sólo había amigos o enemigos, sin aceptar los pactos como posibles salidas a los conflictos. Por lo tanto, el principal objetivo de esta milicia fue el control y mantenimiento del «orden público», ligado a los intereses de la élite político-económica, llevando a la militarización de dicho orden público en favor de los intereses político-económico-militares (p. 152). Se convirtió así, *de facto*, en un ejército de ocupación de su propio país, controlando, atacando y espionando a sus propios compatriotas. Esta militarización de la sociedad –y la dependencia de cierta élite de este instrumento de control y represión– se desarrolló más aún con la aprobación de las Leyes Constitutivas del Ejército de 1878 y 1879, que dieron a la institución armada la consideración de «institución especial» dentro del Estado. Fueron estas prebendas las que ayudaron a desarrollar el concepto –aceptado por una parte de la sociedad y de la milicia– de que el ejército era el «bastión de los valores patrios», de modo que era su deber controlar la vida pública y política española.

Arenas Posadas indaga bastante en este último punto, considerándolo una de las claves que ayuda a comprender el comportamiento de una parte de la milicia durante los siglos XIX y XX. Tanto los pronunciamientos decimonónicos como las dos dictaduras militares –la de Primo de Rivera y la de Francisco Franco– fueron fruto de esta concepción de las fuerzas armadas españolas como garantes del orden, un orden en beneficio de la élite del país. Esto explica cómo durante la República y a raíz de los cambios realizados por los gobiernos republicanos en las fuerzas armadas, la parte más retrógrada del ejército sintió que esta les robaba sus esencias: la bandera nacional y su función de gendarme. Tal «afrenta» ayudó a la construcción ideológica que creó la imagen de una República vengativa contra las «gentes de bien», visión que alentó el golpe de estado de 1936 (pp. 277, 295). Esta visión del ejército como base y garante del Estado fue uno de los pilares de los militares sublevados dicho año, generando el régimen que sería el máximo representante de dicha visión, la dictadura franquista, que al entender que el ejército era el Estado, el Estado debía ser por tanto gestionado

como un ejército, como un cuartel, y todas las clases sociales debían quedar subordinadas al interés corporativo de los militares (p. 300).

Hay que lamentar que el autor no aborde en profundidad los cambios producidos en las fuerzas armadas tras la muerte de Franco. Al hablar de este periodo –desde 1975 a la actualidad– el autor ha preferido centrarse en cómo los militares generalmente no aceptaron los procesos democratizadores que surgieron tras la muerte del dictador, con la intentona de golpe de estado de 1981 como símbolo de dicho rechazo. También dedica varias páginas a las relaciones opacas de ciertas multinacionales –INDRA, EADS– con las fuerzas armadas, pero deja de lado aspectos bien interesantes como la influencia que ha tenido la pertenencia de España a la OTAN dentro de las fuerzas armadas, la participación en las dos Guerras del Golfo, y las misiones bajo mandato de la ONU, primero en Yugoslavia y posteriormente en numerosos escenarios: Líbano, el Océano Índico, Afganistán, etc. Estos cambios y las nuevas dinámicas de la sociedad española actual han cambiado la percepción de las fuerzas armadas dentro de dicha sociedad, así como la función de los ejércitos, que ya no asumen ese papel de gendarme.

Al abordar este estudio hay que partir de la concepción de que –tanto por extensión como por amplitud cronológica– sintetiza la historia de una institución que ha sufrido numerosos cambios a lo largo de los siglos. Por ello, hay varios aspectos que podrían haber sido tratados en mayor detalle. Sin embargo, mantener una visión de largo recorrido favorece la posibilidad de ver las líneas que conectan unos fenómenos históricos con otros, permitiéndonos apreciar la evolución del papel de los militares en la sociedad española en su conjunto. El autor, quizás por su trasfondo académico – fue profesor del Área de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad de Sevilla hasta 2011–, se ha centrado en analizar los efectos político-económicos con mayor profundidad que otros aspectos como por ejemplo los culturales o los ideológicos, que también habrían podido aportar una visión más completa acerca de cuál ha sido la huella que los ejércitos y las guerras han dejado en la sociedad española.

El ensayo acaba afirmando que España es «un país fabricado a golpe de guerras y soldados» (p.400). Desde luego los conflictos bélicos y las interacciones de los militares con el resto de la sociedad son elementos clave para entender el desarrollo de la historia española, pero ante tal afirmación uno se pregunta qué estado moderno no ha sido fabricado de tal forma, pues las guerras y las fuerzas armadas han sido fundamentales para la conformación de las entidades políticas que conforman la mayoría de los estados existentes hoy día. Quizás hubiese sido interesante que durante el estudio Arenas Posadas hubiese comparado el desarrollo español con la evolución de otros estados y sus ejércitos a este respecto. Tal vez, por ejemplo, analizar el papel de la aristocracia militar prusiana, los *Junker*, dentro de la construcción del Estado alemán, habría enriquecido el análisis de este libro, pues habría mostrado qué

equivalencias y qué diferencias existieron entre los diferentes modelos de estado y en la relación de dichos modelos con sus respectivas fuerzas armadas. Tampoco se ha mirado apenas al otro lado del Atlántico, a las repúblicas sudamericanas, las cuales pueden ayudar a matizar y poner en perspectiva fenómenos como el caciquismo y el papel de los ejércitos dentro de estos sistemas de dominio y control de las élites extractivas.

En definitiva, esta es una obra que ahonda en la evolución de los ejércitos dentro de la historia española peninsular, haciendo hincapié en la cooperación entre la élite político-económica y la militar, que diseñaron modelos para el beneficio de ambos colectivos –la financiación de guerras a través de la deuda pública– y para mantener un orden social que les favoreciese. Si bien la extensión de la obra impide abordar este hecho económico, político, social y cultural en profundidad, sí abre la puerta a estudios similares que, desde esta perspectiva más centrada en lo económico u otras, ahonden también en los efectos que ha tenido el ejército como institución en la Historia española.